

Breve tratado de historia de las religiones

Frédéric Lenoir (2018)

París: Herder Editorial, 1era edición, 344 pp.

[...] se puede afirmar incluso que la teología precede a la ciencia y a las matemáticas: es el pensamiento abstracto racional, es decir, que utiliza la razón humana, aun cuando la utilice al servicio de la fe y a fin de tratar de elucidar la eterna pregunta que se plantea la humanidad ante las desgracias: ¿cómo un dios puede permitir esto?

Las religiones son un elemento importante y significativo en la sociedad, pues cumplen una función cultural y normativa, brindan sentido y propósito a sus integrantes, asimismo cumplen funciones de cohesión y control sociales, y tiene un carácter moral intrínseco, aportando normas, valores y principios. Estas son universales y han existido desde siempre, por lo tanto, son infinitamente plurales y están presentes en todo el mundo. Desde sus inicios, han existido en diversas culturas y partes del mundo como en las civilizaciones como el hinduismo, budismo, taoísmo, confucianismo, cristianismo, islamismo, y otras civilizaciones de la América precolombina como los mayas, incas, aztecas, y muchas otras más. Con el pasar de los siglos y los procesos históricos y políticos, las religiones se han asentado en sus países de origen y en otros más con la dominación de los imperios y la colonización. Aquí algunas colonias aprehendieron las nuevas religiones como en Sudamérica, algunas

zonas de estos países mantuvieron sus religiones originarias.

Este acercamiento nos permite entender la diversidad de religiones que existen en todos los países del mundo, como hemos mencionado, la religión cumple múltiples funciones en la sociedad y estas se expresan de diversas maneras. La presente obra, nos brinda una mirada histórica y reflexiva acerca del origen y las religiones del mundo y cómo estas han ido evolucionando. Lenoir, es un escritor francés experto en religiones, además de ser filósofo y sociólogo, trabaja en el Centro de Estudios Interdisciplinarios de Hechos Religiosos, nos expone en este breve tratado de las religiones una división de dos partes, donde la primera se interesa por el nacimiento del fenómeno religioso hasta aproximadamente el año 1000 a. C. y su evolución en el tiempo. Y la segunda parte estudia las tradiciones religiosas que nacieron en lo que Karl Jaspers denomina como la «edad axial de la humanidad» y su prevalencia hasta nuestros días.

La primera parte nos expone los primeros indicios de religiosidad humana, con las excavaciones en Qafzeh a partir de 1930, se encontraron sepulturas cubiertas en ocre y con objetos hechos de animales. Estos objetos rituales, como bien explica Lenoir son «testimonios indefectibles de la existencia, desde ese momento, entre nuestros ancestros, del pensamiento sim-

bólico que caracteriza al ser humano. Es en esas tumbas, de cien mil de años de antigüedad, donde se observan las primeras muestras de religiosidad humana.» (2018, p. 14). Estas sepulturas expresan la creencia de una vida después de la muerte, en un mundo invisible donde los muertos aun existen y donde la muerte se concibe como un nuevo nacimiento. El arte rupestre también es una clara muestra de la expresión de los mitos del hombre, según Andreas Lommel, quien elabora la teoría chamánica y Jean Clottes junto con David Lewis Williams, quienes desarrollan dicha teoría, las pinturas y grabados en los que los animales son claramente dominantes, no representaron a los animales mismos, sino que representan a los espíritus que surgen de los rituales a los que los chamanes de la prehistoria invocaban. Los testimonios de la etnología coinciden, las pinturas rupestres habían sido realizadas en medio de largas ceremonias ritualizadas que tenían como objeto abrir vías de comunicación con un mundo sobrenatural.

Hoy en día, a través de las culturas chamánicas que han logrado sobrevivir especialmente en Siberia, nos podemos dar una idea de cómo fue la primera religión de la humanidad y cómo esta se configuró y desarrollo en las siguientes miles de décadas. Hay un hecho bastante seguro, cualquiera que fuera la religión en la que vivían y durante un periodo que se extiende durante decenas de miles de años, los sentimientos religiosos de los hombres del paleolítico son sorprendentemente semejantes, estamos hablando de un conjunto de creencias con una base común: la supervivencia del alma, la existencia de espíritus naturales y las causas sobrena-

turales de los acontecimientos naturales, también la creencia de entrar en contacto con estas fuerzas y proceder a intercambios con ellas. Una tesis que fundamenta técnicamente esta semejanza, la relaciona con un dato confirmado con la genética: el origen africano común de toda la humanidad, donde aquí se habría dado la difusión de las bases de la religiosidad y posteriormente con la emigración de los hombres se la habrían llevado en una memoria colectiva, de donde habría surgido la mitología y el mito del paraíso original que comparten todas las civilizaciones, con las variantes que le son propias.

A inicios del siglo XX, Wilhelm Schmidt, un lingüista alemán que estudió la lengua y las creencias de los pueblos primitivos en el sudeste asiático, afirma que existe una religión original de la humanidad y la nombra en su obra *«El origen de la idea de Dios»*, sostiene y que esta primera religión fue el monoteísmo y que de este nació una plétora de politeísmos con dioses más accesibles. Asimismo, Rudolf Otto, fue el primero en sentar la idea del sentimiento sagrado como inherente al hombre y que esto precede a su tentación de explicar el mundo, sus orígenes y devenir. Para Otto, aquí se encuentra la esencia de la religión y esta surge «en el alma de la humanidad primitiva, de donde procede todo el desarrollo histórico de la religión». Lo numinoso y lo sagrado tiene sus orígenes desde el paleolítico inferior, el individuo trata de acumular lo numinoso para localizarlo y poseerlo mediante piedras y objetos de formas y colores extraño, así se dota de propiedades mágicas que posteriormente se convierten en rituales elementales.

Ya terminando el paleolítico, comienza a asentarse la revolución neolítica, donde las condiciones de vida del hombre cambian radicalmente. El hombre de las cavernas cede su lugar al hombre de las ciudades, y en el plano religioso se observa una aparición inédita: los dioses (o como menciona Lenoir, más bien diosas puesto que el Dios en ese entonces era femenina). La relación de los hombres con los dioses ahora es distinta, las oraciones se imponen a las negociaciones, los intercambios ahora son ofrendas y sacrificios, los espacios sagrados son más grandes y hermosos, y nacen las nociones de moral, del bien y el mal. El sentimiento religioso sufre una metamorfosis, aparece la separación entre el mundo humano y el mundo natural, incluso se percibe una superioridad del primero sobre el segundo. La religión de antropomorfiza y surgen los primeros dioses creados a imagen del hombre, aquí las representaciones femeninas están asociadas a toros, que encarnan la fuerza masculina. Así, este sistema de dos personajes dominará el neolítico occidental más tardío como en la Edad de Bronce.

Conforme evoluciona el sedentarismo y consigo la evolución de la técnica, la imagen de la diosa y del toro se difunde y se refina. En este sentido es posible encontrarnos en el Neolítico, una de las primeras formas de monoteísmo, aunque no se presente explícitamente como tal. Es lógico que la representación divina más importante sea la mujer, quien expresa la fertilidad y la creación de la vida, características ligadas desde siempre a la vida del hombre, ella es quien da la vida.

En cuanto a los sacrificios, éstos tienen una función estrictamente religiosa y la ofrenda de los dioses por medio de asesinatos sagrados tienen un papel primordial para el grupo, pues aseguran su cohesión. La realización del sacrificio marca del valor de un hombre. Las víctimas de los sacrificios se eligen casi siempre fuera del clan, constituyen un «otro» y tienen la imagen de enemigo amenazante. El culto a los cráneos, como una de las tantas formas de ritual, es una expresión volver a tratar con los antepasados. Con la instauración de la propiedad privada, por tanto, de la herencia, el linaje adquiere mayor importancia. Asimismo, el Estatuto del anciano tributario de la evolución, empieza a perfilarse bajo la imagen del sabio y quién tiene la capacidad de transmitir lo que ha aprendido de sus mayores.

El culto a los antepasados constituye un paso capital en la historia de las religiones, pues modifica totalmente la relación de los vivos con el otro mundo. Para Herbert Spencer (1820-1903), en el culto a los antepasados está en el origen de la religión. la relación del hombre con entidades sobrenaturales y de la misma sangre que él, personaliza sus relaciones con el otro mundo. Mientras el Homo sapiens del paleolítico negociaba con espíritus poco identificables, el Nandertal puede nombrar a la entidad con la que negocia, pues es un ser identificable con una historia. De esta relación se instaura una dimensión nueva en la oración, tanto el antepasado como el Dios pueden prodigar sus favores o castigar, los años por la naturaleza se convierten en sanciones de los dioses y antepasados y se instaura una nueva actitud religiosa: la imploración a

las entidades. De aquí surge la noción de falta o pecado.

Eso sí como en la Edad de Bronce en Mesopotamia, grandes ciudades como Eridu (la primera gran ciudad que se conoce), concebían su prosperidad como obsequio de los dioses por ello estaban obligados a honrarlos, es por ello que sus casas son de arcilla, pero los templos son de piedra y madera. Aquí el varón dirige y ordena, por ello conciben la divinidad a su imagen viril y protectora, la Venus comienza a desdibujarse, aunque su culto se practique en menor medida en la escala doméstica. En las ciudades también se impone la identidad familiar, los individuos se identifican por su apellido y sucede lo mismo con los dioses, se les asigna un nombre en base a su función, así cada ciudad se pone bajo la protección de un Dios que vela en particular sobre esa ciudad y la privilegia con relación a las otras. Esta evolución que deriva en los panteones divinos se asemeja a las sociedades antiguas de Oriente próximo y Oriente Medio, en Egipto se da el caso particular de dioses que son apoyados por faraones. Como podemos vislumbrar, a medida que la sociedad se jerarquiza, el panteón divino sigue la misma evolución. Así con el predominio de los dioses, el culto de los antepasados se difumina.

La religión de los dioses en la ciudad permite la cohesión social alrededor de prácticas idénticas, fiestas y mitos que forjan una ley moral universal que el Estado necesita para edificarse. En esta misma línea, la existencia de las jerarquías implica la existencia de un Dios Supremo, ella está aquí donde se observa el mono-teísmo. Es necesario reconocer que estas

tendencias son minoritarias, ya que la jerarquía social y el rey mismo tienen la necesidad de una multitud de dioses para asegurar prosperidad.

Donde se celebra y se rinde culto al Dios es en los templos, estos lugares son el centro de la vida religiosa que antes eran santuarios domésticos. Los templos se hacen más grandes y se convierten en dominios autosuficientes cuya prosperidad se contrasta con la vida modesta de la población. A la vez que los centros religiosos y administrativos, los templos son un paso más obligado y ningún aspecto de la vida escapa de la imposición de lo religioso, la religión también implica la moralización de la vida social y pública, los primeros códigos morales se formulan desde los templos, una clara muestra de lo que fueron las tablillas de Mesopotamia. En los templos también se crea una nueva casta social, donde los sacerdotes están al servicio de los dioses, los chamanes por su don, sólo dirigen ritos cuando se imponen, pero llevan el mismo tipo de vida que los demás miembros del clan.

A medida que los templos crecen, se necesita más personal jerarquizado, de esta manera nace la burocracia sacerdotal, así se hace opaco el vínculo entre el poder civil y el poder religioso hasta la época moderna con la llegada de la laicidad. La religión se hace elitista y se va limitando de forma exclusiva a clases aristocráticas, que se consideran como únicas capaces de comprender y dirigirse a divinidades superiores. Aquí encontramos una nueva clase de clérigos: los exorcistas y adivinos. Lenoir afirma: «la teología precede a la ciencia y a las matemáticas: es el pensamiento abstracto racional, es decir, que

utiliza la razón humana, aun cuando la utilice al servicio de la fe y a fin de tratar de elucidar la eterna pregunta que se plantea la humanidad ante las desgracias: ¿cómo un dios puede permitir esto?» (2018, p. 60), por este camino es que entendemos que los primeros astrólogos fueron sacerdotes, que concebían los mensajes del cielo y las estrellas como mensajes de los dioses. Quienes no tenían acceso a esta ciencia, consultaban a los sacerdotes adivinos que utilizaban otros medios como sueños y sacrificios.

Para dar una entrada a la segunda parte de este libro, es importante entender el periodo axial. Karl Jaspers hace un estudio a partir de los años 30 del siglo pasado, explorando la historia de las religiones y civilizaciones. Señala que existe interdependencia entre estas pero advierte el paralelismo de sus evoluciones. Como mencionamos anteriormente, los periodos históricos traen consigo cambios políticos, técnicos, filosóficos y religiosos particulares, estas transformaciones se han venido dando simultáneamente en todo el mundo. De las cuatro rupturas que señala Jasper, este se concentra en una: las religiones universalistas y la filosofía, de la cual nace el hombre espiritual y se define esta era como la «era axial», toma la idea del eje de Hegel y explica de «ese prodigioso instante único que duró algunos siglos y brotó de tres fuentes: China, India y Occidente».

El giro axial jaspersiano se concentra entre los siglos VII y V a. C., momento clave donde milenios después de la revolución neolítica el hombre comenzó a pensarse a sí mismo y reflexionar sobre el sentido de su destino personal. aquí es

donde aparecen las «religiones de salvación», de las cuales nos van a llegar a través de personajes excepcionales y visionarios. como ejemplo tenemos el Zoroastro de Persia, la aparición de las Upanishad y del brahmanismo, del Buda y el jainismo la India. En China aparece Confucio y Laozi y entre los hebreos surgen los profetas de un Dios único. En la filosofía griega tenemos a pensadores como Sócrates, Pitágoras y Heráclito, quienes cambian la perspectiva del pensamiento occidental. Así es como este giro axial tiene ramificaciones que se extienden más allá de este periodo con predecesores de los personajes mencionados.

Estas nuevas religiones optan por la universalidad, los dioses son de todos los hombres a los que se aplican las mismas reglas éticas, pues se dirigen a los seres humanos de todas las procedencias. Sin embargo, de esta universalidad habrá giros decisivos, pues la conversión a alguna de estas religiones será libre pero radical, se exige una fidelidad total, además se observaría un proselitismo agresivo causando un «choque de verdades». Así es como este universalismo se volvió parte de imperios, donde la religión se volvería herramienta de unificación de otros pueblos. Ahora se insiste un perfeccionamiento espiritual del individuo, las pruebas ya no son castigos divinos son medios de redención o un mal karma.

En la segunda parte de esta gran obra, Lenoir se explaya exponiendo acerca de estas religiones que nacen en el periodo axial y sus posteriores ramificaciones, comienza con las sabidurías de China y sus tres doctrinas: el taoísmo, confucianismo y budismo, donde estas tres son comple-

mentarias entre sí. Continuando en Asia, el hinduismo es una religión sin fundador y sin origen establecido, por ello es multiforme y diversa, aquí tienen textos como las Upanisad, sanscritos en forma de diálogo de transmisión primordial. Es en estos textos donde encontramos especulaciones teológicas y litúrgicas, mezcladas con recetas mágicas y ritos, hasta nuestros días permanecen intocables porque se consideran una revelación divina y primordial. Aquí el autor explica la importancia de las castas en la India y las leyes del Dharma, la creencia de los dioses y la mística como parte de la sociedad y religiosidad hindú que prevalece hasta nuestros días.

El Budismo de la India en el siglo VI a.C., esta llena de buscadores de sentido que han abandonado todo por su búsqueda, es aquí donde el príncipe Siddarta Gautama Sakyamuni es conocido como el gran maestro Buda, el es quien por medio de sus enseñanzas deja una amplia filosofía, con las cuatro grandes verdades construidas alrededor de la *dubkha* que es la sed del deseo, para acabar con esta sed se debe recorrer el «camino de los ocho elementos justos», sus enseñanzas giran en torno al *karman*, *samsara* y la búsqueda del *nirvana*, todo ello llamando a la meditación y búsqueda interna del ser. Se conoce que las grandes enseñanzas del budismo han recorrido occidente en el siglo VIII gracias a viajeros como Marco Polo o Guillame Rubrouck. Posteriormente decenas de textos sobre el budismo se divulgan a un amplio público impactando a grandes intelectuales como Carl Gustav Jung y Albert Einstein.

Asimismo, las sabidurías griegas forman una gran base filosófica para el

mundo del conocimiento y la ciencia, la escuela de Sócrates cobra gran relevancia, al igual que Epicúro y el estoicismo con su filosofía de vida. El Zoroastrismo persa se basa en la profecía de un Dios único, pero se dice que dual: un dios del Bien y un dios del Mal. Lenoir continúa entonces con el judaísmo, sus corrientes y sus profetas dando las bases para entender el cristianismo con la llegada de Jesús, el Cristo. Esta parte es indispensable ya que se asimilará el desarrollo de la filosofía de Cristo, el nacimiento de la Iglesia, la vida monástica, la violencia en nombre de Dios e incluso la llegada de la Reforma Protestante y el papel del cristianismo en la ilustración. Claro está que se esboza el cristianismo hasta nuestros días, ya que es una de las religiones más aclamadas a nivel global. Lenoir, finaliza con el Islam y la profecía de Muhámmad y el libro del Corán, hacer una revisión de esta religión es de carácter relevante. Esta es una sociedad extremadamente patriarcal, ha desarrollado valores basados en el código del honor, la fuerza física, el valor, la virilidad. En las ciudades domina un politeísmo tornasolado en el que se dan la mano, en un mismo panteón, el Baal fenicio (llamado Hubal en La Meca), dioses mesopotámicos y divinidades locales esencialmente femeninas. C

Con esa breve revisión es posible entender la división de las religiones en el mapa del mundo, donde el continente africano se presenta de la misma manera siempre, una mitad cristiana y una mitad musulmana. El animismo parece estar en vías de erradicación, sin embargo, múltiples etnólogos y su presencia en Sudamérica, África y Siberia han atesti-

guado ceremonias mágicas y creencias animistas, que es lo que llamamos chamanismo. este chamanismo es, como afirma Lenoir: «un sistema de explicación global del mundo que rechaza la distinción entre lo natural y lo sobrenatural, lo visible hilo invisible, lo profano y lo sagrado. postula que todos esos campos están en interacción permanente». Aquí el culto, los rituales y las creencias continúan viviendo al pasar de los siglos y permanecen en las evoluciones.

A lo largo de la ciencia, se ha postulado un evolucionismo religioso, algo a lo que Max Weber llama el «proceso de racionalización», la cual no ha dejado de intensificarse y ha conducido a profundas revoluciones técnicas y sociales, la cual desemboca en el «desencantamiento del mundo», dónde se percibe esta pérdida de la creencia mágica. Esta presión de la racionalidad ha hecho evolucionar a la religión de un estadio animista, al politeísmo y posteriormente al monoteísmo.

Como nos expone Zygmund Bauman en *Modernidad Líquida* (2020), vivimos en un mundo globalizado donde prima el individualismo, en una sociedad moderna como las nuestras, solemos entender el mundo desde una perspectiva más filosó-

fica y laica, debido a la secularización religiosa. Aun así, y como Lenoir afirma, y las aspiraciones contemporáneas a reencantar el mundo reflejan su necesidad profunda de encontrar el acceso a las experiencias arcaicas de lo sagrado, buscando una simbiosis con el cosmos y uniéndose a su cuerpo y emociones, intenta buscar lo sagrado y dejar su mente para encontrar la naturaleza. Otra de las evoluciones significativas más importantes, es que ya no se concibe a Dios como un ser que vive en el cielo, sino que está en el centro de uno mismo, la experiencia está en el corazón de la búsqueda espiritual contemporánea.

Referencias

- Lenoir, F., Tobajas, L. A., & Tabuyo, M. (2018b). *Breve tratado de historia de las religiones* (1.^a ed.). Herder Editorial.
- Zygmunt, B., & Rosenberg, M. (2020). *Modernidad Líquida* (1.^a ed.). Fondo de Cultura Económica.

ISABELLA FERRARI VALERA
Universidad Nacional Mayor de San Marcos
isabella.ferrari@unmsm.edu.pe